

Siente misteriosa el alma,
Que la eleva y la sostiene,
La diviniza y la ensancha.

Por eso ven el cadalso
Como el solio que prepara
La Gloria á los que sucumben
Y el triunfo á los que batallan.

Ninguno está amedrentado;
Todos en sentidas cartas
Que escriben con mano firme
Y piensan con mente sana,
Se despiden cariñosos
De los seres que más aman.

Comienza á lucir el día,
Y el redoble de las cajas
Les anuncia que ha llegado
El momento y que no tardan
Los jefes que han de llevarlos
A morir. — Está en la plaza
Formado el cuadro; los héroes
Recorren con la mirada
A las tropas, y serenos
Sin vacilar, sin que nada
Temor revele en sus rostros
Ni turbación en sus almas,
Se colocan, vitoréan
Con entusiasmo su causa;
Se yerguen mirando al cielo,
Escúchanse las descargas,
Y de los frágiles cuerpos
Salen las gigantes almas,
Llevando de aquellas frentes
Por el plomo destrozadas,
Como postrer pensamiento,
La libertad ó la patria.

IV.

Uruápam, están tus calles,
Tus jardines y tus plazas,
De aquellos héroes augustos
Por la sangre consagradas.

Desde entonces los perfumes
Que de tus flores se exhalan,
El susurro de tus brisas,
El murmurio de tus aguas,
El canto de tus palomas,
Y el rugir de tus cascadas,
Son el himno que la Gloria
En homenaje levanta
De los que dieron la vida
Del patriotismo en las aras.

Los árboles que flexibles
Les prestaron sombra grata,
Renovado han veinte veces
Sus túnicas de esmeralda,
Y viva está la memoria,
Viva, que el pueblo la guarda
Del sublime apoteosis
De los mártires de Uruápam.

HEROISMO MEXICANO (1)

Á MI AMIGO EL DOCTOR RAMÓN GUERRERO.

Las armas republicanas
En Querétaro han vencido;
Presos con Maximiliano
Fueron soldados adictos,
En la guerra sin fortuna
Y en el infortunio altivos.
El vástago de cien reyes
Perdió con pompas y títulos
La cabeza y la corona,
Que ante el honor son lo mismo.

Han los antiguos conventos
En prisiones convertido,

(1) El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado.

NOTA DEL AUTOR.

Y jefes y subalternos
Ni tristes ni pensativos,
El fin de su causa esperan
Con los ánimos tranquilos.

Queda entre los generales
Uno anciano y aguerrido,
De la bandera triunfante
Duro y tenaz enemigo;
Arrojado en la campaña,
Inteligente, instruído,
Incansable conspirando,
Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
Le han su sentencia leído,
Y después de que la escucha
No queda turbado y lívido,
Sino que amable y sereno
De su triste fin convicto,
Llama al jefe que custodia
La prisión do está cautivo, (1)
Y con voz firme le dice:
— Coronel, yo necesito
Mi conciencia y mis negocios
De prisa arreglar hoy mismo;
Podéis para tal objeto
Llamar aquí, y os lo pido,
Un abogado y un cura
Para dejar todo listo. —

Era el coronel un joven
De antecedentes muy limpios;
Tan bravo como arrogante,
Tan discreto como altivo,
Vástago de ilustre jefe
En ruda campaña herido,
Lo conoció el prisionero
Años atrás, siendo niño,
Y allí, su acento escuchando
En aquel instante crítico,

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Fija serenos sus ojos
En el general cautivo,
Y de esta suerte responde:
— Sin ser de vuestro partido
Os conozco y os respeto
Por pundonoroso y digno.
Yo venero en todas partes
A los soldados antiguos,
Y si son de vuestro temple
En su palabra confío.
Sabéis que os han sentenciado
A muerte; lo habéis oído,
Y necesitáis dos hombres
Para dejar todo listo,
No seré yo quien los llame;
Id buscarlos vos mismo
Y volved, que aquí os espero;
Libre estáis, yo lo permito. —

Quedó el prisionero atónito,
Y de sus ojos el brillo
Aumentóse con dos lágrimas
Brotadas de lo más íntimo.
Salió después, con asombro
De centinelas y esbirros,
Y cuantos salir le vieron
Murmuraron del permiso.
Pasáronse muchas horas,
Horas largas como siglos,
Y por fin, con voz vibrante,
El campanario vecino
Anunció la media noche:
— Ya no vuelve — alguno dijo
Y el coronel respondióle:
— Volverá que yo lo flo,
Y si no vuelve yo quedo
En su lugar, y es lo mismo. —

A poco suenan tres golpes,
Tras ellos resuena el grito
De «¿Quién vive?» al que contestan:
«Yo, Severo del Castillo.

Era el jefe prisionero
Que siempre valiente y digno,

Esclavo de su palabra
Iba á esperar el patíbulo. (1)
Estrechó la franca mano
Del coronel, conmovido,
Y retiróse á su celda
Ni consternado ni tímido.

¿Cuál de los dos es más grande?
¿Cuál de los dos? No lo digo:
Dígalo aquel que conozca,
Que rasgos como el que pinto
Puede envidiarlos Esparta
Y otro Homero describirlos.

Vive el que, joven entonces,
Dió al prisionero permiso;
Aun le sirve á la bandera
A que Juárez le dió brillo.
Y, como entonces, mantiene
Su modesto nombre limpio:
El General Carlos Fuero,
Honrado, valiente y digno.

No me culpéis, si, viviendo,
Tan altos hechos publico.
Es por gloria de esta tierra
Que adoro amante y rendido.
Es por gloria de las armas
Que á la Libertad dan brillo
Y es por honrar á los muertos
Enalteciendo á los vivos.

(1) El General Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

EL ÚLTIMO PUESTO

Á MI QUERIDO AMIGO DIONISIO MONTES DE OCA.

Maximiliano de Habsburgo,
ya sin corona ni cetro,
mira trascurrir las horas
en su celda prisionero.
En una noche de Mayo
á cenar invita atento
á Miramón y Mejía
de su prisión compañeros.
—«Pronto—dijo el Archiduque—
juntos al cadalso iremos.»
«Eso—Miramón responde—
lo ven claro hasta los ciegos.»
—¿No hay esperanza de indulto?
—«Podrá ser que allá en el cielo
nos indulten, pero nunca
esperéis que lo haga Lerdo.»
—«Somos tres y como vamos
al cadalso sobre un cerro,
se imaginarán las gentes
que es un Calvario moderno.»
—«En tal caso—agregó entonces
Miramón—lleváis buen puesto;
¡seréis nuestro Jesucristo!
—«¿Por qué?»

—«Porque vais en medio.
Los que estamos mal juzgados
somos yo y mi compañero.»
—«Miguel, siempre los valientes
á mi derecha estuvieron.»
—«Gracias—respondió Mejía,
yo de *maladrón* me quedo.
—«¡Nó!—interrumpió el soberano—
que por un valiente os tengo.
—Pues seré yo quien se quede—
siguió Miramón mal trecho.—

Es mal papel el de *Gestas*
y uno ú otro habrá de hacerlo.»
Bajó el príncipe sus ojos,
lanzó un suspiro su pecho
y dijo á sus dos amigos:
«Ya veremos, ya veremos.»

Cumplióse al fin la sentencia,
juntos al cadalso fueron,
y al pisar el triste sitio
donde se efectuó el suceso,
así dijo el Archiduque
á sus bravos compañeros:
«Hemos llegado al calvario,
Miramón quedad en medio;
á la derecha Mejía
y yo tomo el lado izquierdo,
que le guardo hasta en la muerte
á los valientes su puesto.»

1892.

UNA RESPUESTA DE MIRAMÓN

Ya sonó la media noche
En el viejo campanario;
Querétaro está en silencio
Que sólo turba á intervalos
El grito del centinela
Triste, sonoro y pausado.
En un antiguo convento
Que ya en cuartel trasformaron,
Presos en humildes celdas
Estan la muerte esperando
Miguel Miramón, Mejía
Y el noble Maximiliano.
Ya poco tiempo les queda
De vida á los sentenciados
Y el Archiduque, que siempre
Fué de la forma un esclavo,

Llama á Miramón, queriendo
Sobre un punto interrogarlo.

Llega el arrogante jefe
Obediente á tal mandato,
Y órdenes pide gustoso
A su infeliz soberano.
Este le dice: — Seis horas
Nos faltan. — Las voy contando,
Pues ya que no tengo sueño
He de entretenerme en algo.
— Perdonad que os distrajera,
Pero quiero consultaros
Cuál traje será más propio
Para salir al cadalso.
— No entiendo vuestra pregunta.
Y agrega Maximiliano:
— ¿Nos vestimos de uniforme
O saldremos de paisanos?
Y Miramón le replica:
— Magestad, voy á ser franco,
Como esta es la vez primera
Que me fusilan, no es raro
Que ignore lo que previene
El ceremonial del caso.
Sonriéndose el Archiduque
Agregó con entusiasmo:
— ¡«Miguel, en todo os admiro....!»
¡«Qué valor! ¡dadme un abrazo!»

MAXIMILIANO

Á MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME.

I.

Maximiliano de Habsburgo
 Rige el Lombardo-Venetto,
 Porque Austria impone á la Italia
 Sus hombres en el gobierno,
 Es gallardo el archiduque,
 Joven y de gran talento,
 Avezado á las borrascas
 Del mar, que por mucho tiempo
 Cruzó en todas direcciones
 Visitando extraños pueblos.
 Tiene los ojos azules,
 Tan azules como el cielo
 Y es tan rubio que semejan
 Rayos de sol sus cabellos.
 Fina y espesa la barba
 Se la parte por enmedio
 Y le baja hasta los hombros
 Libre dejándole el pecho.
 Vástago de Carlos Quinto
 Y agnado á su trono excelso,
 Siempre lleva el toisón de oro
 Ornando el erguido cuello.
 Es con las damas galante
 Y dadivoso en extremo,
 Con sus iguales altivo
 Y con los súbditos tierno.
 Adora las bellas artes,
 Y como amigos discretos
 Le acompañan sabios libros;
 Cuadros de grandes maestros
 Y estatuas en que palpita
 El alma del gusto griego,
 Y cumplido y caballero,
 Y juntos en su semblante

Brillan conquistando afecto,
 La juventud, la nobleza
 Y la magestad y el genio.

II.

En una tarde de Mayo
 Tranquilos el mar y el cielo,
 Maximiliano va solo
 En sus jardines amenos,
 Cruzando por las callejas
 De castaños y de almendros.
 Lleva la cabeza baja
 Absorto en mil pensamientos
 Y está su rostro tan pálido
 Que se le creyera enfermo.
 No ha recibido á ninguno
 De los hombres del gobierno,
 Ni ha de sus intimas cartas
 Los blancos sobres abierto.
 Halla de pronto á su paso
 Sentado en el césped fresco,
 Sobre un banquillo de mimbres
 Junto al tronco de un abeto,
 A un hombre de blanca barba
 Y escaso y cano cabello,
 Vestido con traje humilde,
 Pero limpio, alegre y nuevo.
 Sonríe Maximiliano
 Gustoso de tal encuentro
 Y brillan sus claros ojos
 Con honda expresión de afecto.
 —Señor— le dice el anciano
 Con dulzura y con respeto—
 ¿Vuestra Alteza viene triste?
 —Tienes razón; triste vengo.
 —Lo sé, que os conozco tanto
 Como el que más,

—Bien lo creo:
 No en vano mi augusta madre
 Te nombró mi camarero
 Siendo yo niño.

—Teniais
 Seis años ni más ni menos,
 Y desde entonces, por nada,

Ni del mar en los riesgos,
 Ni de la Corte en las fiestas,
 Ni estando en extraño suelo
 Os he dejado, ni es fácil
 Que os deje, señor; os quiero
 Hasta donde más alcanza
 Querer un honrado pecho.
 —Me ves muy triste....

—Os lo he dicho.

—Pues ríe de lo que pienso.

—¿Reír?

—Son cosas de risa.

—Todo en vos es de respeto.

—Oyeme y no me hagas caso.

—Señor, siempre os obedezco.

—Entre mil supersticiones

Una ridícula tengo.....

¿No ves en estos jardines,
 En el palacio, en el templo,
 En las salas de tertulia,
 En el salón del Consejo,
 En los anchos corredores,
 En todo, en fin, lo que tengo
 A mi alrededor, no encuentras
Emes de mármol, de hierro,
 De alabastro, de madera,
 De granito?.....

—Lo comprendo,

Es cifra de vuestro nombre,
 Y cuanto miráis es vuestro;
 Natural es que esté en todo.

—Es natural, pero pienso
 Que tal letra es mi sentencia.

—Hablad, señor, no comprendo.

—Ni habrás de entenderme nunca.

¡Es un fatalismo nécio!

Las *emes* me aterrorizan,
 Sábelo, me causan miedo,
 Y han de estar en todas partes
 Mi espíritu entristeciendo.

Moriré entre muchas *emes*!

—Perdón, señor, que no acierto

En qué podáis cuerdate

Fundaros.....



El General Don IGNACIO ZARAGOZA.

— ¡Presentimiento!
 Sábelo y ríe, porque risa
 Provocan y no respeto
 Las vanas supersticiones
 Cual esta que te refiero.....
 ¡Moriré entre muchas *emes!*
 Tú lo verás.....

Bajó el viejo
 Los ojos y hondo suspiro
 Dejó escapar de su pecho,
 Y siguió Maximiliano
 Esa frase repitiendo
 Por las alegres callejas
 De castaños y de almendros.
 Lleva inclinada la frente,
 Pálido está como enfermo,
 Y están húmedos sus ojos
 Tan azules como el cielo.

III.

Pasáronse muchos años,
 Y una mañana de invierno
 Llegó en una barca inglesa
 A Miramar un viajero.
 El mar estaba agitado,
 Estaba plumizo el cielo,
 Menudos copos de nieve
 Bajando en alas del viento
 Posábanse en las cornisas,
 En las torres, en los hierros,
 En las gallardas almenas
 Y en el rico pavimento
 Del legendario Castillo
 Tan triste desde hace tiempo.
 Pidió que le permitieran
 El visitarlo por dentro,
 Y acompañóle galante
 Un hombre afable y discreto,
 Blanca y poblada la barba,
 Escaso y cano el cabello.
 — ¡Vivís aquí desde cuándo?
 Interrogóle el viajero.
 — Vivo aquí..... pero no vivo,
 Que yo, señor, soy un muerto;

Me tienen aquí enterrado
 Entre lágrimas y duelo,
 Desde que por negra suerte
 Mi noble señor no ha vuelto.
 Su santa y augusta madre
 Me nombró su camarero
 Desde que cumplió en la vida
 Seis años ni más ni menos.
 Le acompañé á todas partes,
 Me quiso con hondo afecto,
 Y una vez en sus jardines,
 Allá en Lombardo-Venetto....
 Me dijo.... Mas perdonadme
 Que calle un rato, no puedo....
 Las lágrimas me enmudecen....
 Y de los ojos del viejo
 Rodaron dos grandes gotas,
 Iguales á las que el viento
 Arranca por las mañanas,
 En el rigor del invierno,
 De los vetustos sabinos
 Coronados por el heno.
 Habló después; refirióle
 La escena del jardín regio
 Y así agregó conmovido
 Al hablar estando trémulo:
 — No eran supersticiones;
 Lo que me dijo era cierto;
 ¡Ha muerto entre muchas *emes!*
 Fué de Miramar á México,
 Imperio de MOCTEZUMA,
 Que lo conquistó un guerrero
 A quien llamaron MALINCHE
 Los indígenas del suelo.
 Dos MARISCALES de Francia
 Le engañaron y vendieron;
 A Querétaro marchóse
 Reemplazándole en su puesto
 Márquez, que según me dicen
 Le olvidó en el mayor riesgo.
 Jefe de los sitiadores
 Era Mariano Escobedo,
 Y cuando cayó la plaza,
 De Miguel López dijeron

No sé qué cosas extrañas
 Que á darles fe no me atrevo.
 Cayó con sus generales
 En Mayo, y al poco tiempo
 Le fusilaron á Mendez
 Que le tuvo tanto afecto....
 Llamóse Manuel Azpiroz
 El fiscal de su consejo,
 Riva Palacio Mariano
 Fué á la plaza á defenderlo
 Con Martínez de la Torre,
 Abogado muy experto.
 Con Miramón y Mejía
 Fué á morir mi noble dueño,
 Y era un Mejía el Ministro
 De Juárez, que en el gobierno
 Firmó la fatal sentencia
 Que me tiene en tanto duelo.
 Montemayor (1) se llamaba
 El capitán del ejército
 Que á su frente en el cadalso
 Hizo la señal de fuego.
 Ha muerto el príncipe en Martes;
 Ya véis, señor, si era cierto
 Lo que me dijo muy triste
 Allá en Lombardo-Venetto....
 ¡Ha muerto entre muchas *emes!*
 Y jamás olvidaremos
 Que llamó cosas de risa
 A cosas de tanto duelo.
 Después, sin decir palabra,
 El anciano y el viajero,
 Siguiéron ambos muy tristes
 Por los salones desiertos
 Del legendario Castillo,
 Tan solo desde hace tiempo.

(1) El capitán Montemayor era natural de Monterrey. (N. del A.)